

## GRAMATICA GENERATIVA Y LINGÜISTICA HISTÓRICA

Espero que no estén fuera de lugar unas palabras acerca de la grandeza y servidumbre —la primera muy relativa, la segunda muy cierta— de la condición de quien dedica hoy lo mejor de su atención a problemas diacrónicos. Un resumen válido podría ser que éste ocupa en el mundo o mundillo lingüístico actual una posición modesta pero también, quizá por ello mismo, segura y no del todo desagradable: alejado hace ya tiempo de los centros del poder, se ve también apartado de sus tentaciones. Es verdad que ya no le quedan muchas esperanzas de cubrirse de gloria por un golpe de genio o de fortuna y que tampoco le faltan pequeñas incomodidades. Una, bastante ridícula pero no por ello menos real, es que no sabe muy bien cómo llamarse a sí mismo. Comparatista, como se tituló Meillet con orgullo y con justicia, parece denominación reservada a quienes tienen la cabeza lo bastante firme para soportar el vértigo de las distancias en el tiempo, en el espacio y en la diversidad idiomática. Reconstructor supone una especialización cuya existencia, por no hablar de su justificación, no está generalmente reconocida. Historiador de la lengua es rótulo engañoso si se aplica a quien, habitualmente o a ratos sueltos, estudia algo que mejor puede llamarse prehistoria que historia en sentido estricto. Queda diacronista, neologismo pedante y de corrección discutible, que acaso fuera, por su misma neutralidad y por su misma imprecisión, el término más apropiado para cubrir la totalidad del campo. Además, no es ya del todo neutral, porque 'diacronía' es palabra que va ya inseparablemente unida a la terminología de corrientes que tienen su fuente en Saussure: de ahí

I, 2.—1

BIBLIOTECA  
DEL  
COLEGIO UNIVERSITARIO DE LA RIOJA

que en otras capillas, y de ello es prueba el libro que comento, sea encontrada falta.

Volviendo al objeto o al sujeto de estas líneas, hace tiempo que palpa más que siente los muros no por imprecisos menos inquebrantables en que le encierra el poder limitado de los métodos que maneja. Así renunció a sus sueños gloriosos, rara vez contados en estado de vela, de reconstruir protolenguas de segundo grado apoyándose sobre las del peldaño inferior y llegar de esta manera, por recurrencia, a poner cada lengua conocida, presente o pasada, en el lugar que le corresponde en el escalafón genético. Ha tenido que aceptar la prioridad legal de la descripción sobre la historia<sup>1</sup>; se ha resignado a no serlo todo ni siquiera el primero, sino parte más bien secundaria y subalterna.

Lo que ha perdido en prestigio lo ha ganado, por otra parte, en comodidad. Alejado del epicentro de las revoluciones teóricas, puede sin mayor riesgo profesional seguirlas desde lejos como espectador curioso y hasta un tanto divertido, sin mayores deseos de mezclarse en las primeras filas de asaltantes o defensores. Una larga experiencia le ha enseñado que esas revoluciones le han abierto, sí, algunos caminos nuevos (y le han mostrado la intransitabilidad de otros que él se empeñaba en recorrer), pero que, en buena medida, su reflejo diacrónico ha sido el replantear los viejos problemas —los de siempre— desde nuevos puntos de vista. Como secuela viene la necesidad, ingrata para nuestra pereza natural, de tener que familiarizarse con nuevos utillajes conceptuales y, dificultad nada despreciable, con nuevas terminologías.

Esta despreocupación del diacronista, quizá más fingida a veces que real, tiene alguna justificación, no sé si suficiente. La desmesura de H. Paul, por ejemplo, al sostener que no había otra lingüística científica que la histórica, no fue enteramente caprichosa. Fue ahí,

---

<sup>1</sup> Aunque no falte quien siga pensando en el fondo del corazón (y esta manera de pensar está muy extendida fuera del círculo de los especialistas) que no hay explicación que valga lo que una explicación histórica. Quiero decir que bastantes aceptarían las palabras de Schuchardt, no menos tajantes que las de Paul: «Die beschreibende Wissenschaft ist nur eine Vorstufe der eigentlichen, der erklärenden Wissenschaft... Überall stossen wir auf Entwicklung; demzufolge muss das Sein aus dem Werden erklärt, der genetischen Methode die Herrschaft zuerkannt werden» (*Das Baskische und die Sprachwissenschaft*, Viena, 1925, pág. 5 sig.).

en efecto, donde por primera vez se llegó a formulaciones explícitas, como ahora se dice, que permiten «prever» no sólo lo que es y ha sido, sino también lo que debería existir o haber existido. ¿Quién duda, por citar un caso, que el nombre germánico del 'nido' en gótico<sup>2</sup> tuvo que ser *\*nist*? Esto es explícito tanto si se enuncia en términos de letras, de realización fonética (a partir de *\*ni-zdo-*), de fonemas (autónomos) *avant le mot* (*\*ni-sdo-*) o de rasgos<sup>3</sup>. La cronología relativa que le es tan familiar equivale en esencia a una secuencia ordenada de reglas. Tampoco le son extrañas las representaciones subyacentes porque sus reconstrucciones con asterisco no son, en el fondo, otra cosa<sup>4</sup>. Sabe también que sus maestros, aunque mezclaran demasiado a menudo y sin discriminación consideraciones sincrónicas y diacrónicas, eran muy capaces, en los casos mejores, de dar a cada uno lo suyo<sup>5</sup>. Más aún, pensaban o sentían que el mantener descripción e historia como compartimentos estancos sin posible comunicación no era más que un expediente para aislar artificialmente, por razones de asepsia metodológica, lo que naturalmente no representa, por usar una imagen que está en Spinoza mucho antes que en Saussure, sino dos aspectos de una misma realidad. Desde Baudouin de Courtenay, heredero de una larga tradición más que punto inicial absoluto, desde Trubetskoi y Bloomfield<sup>6</sup> explíci-

---

<sup>2</sup> Dando por supuesto, entre otras cosas, que el género fuera el mismo que en ingl. y a. al. ant. *nest*.

<sup>3</sup> Así se puede probar que Verner sabía perfectamente que su ley, alias regla, se refiere a un rasgo común y exclusivo de una subclase de sonidos.

<sup>4</sup> Tan lejanamente subyacentes que Gilliéron podía reírse a sus anchas con su paródico *deux gendarmes à cheval* < *\*duos gentes de armas ad caballum*.

<sup>5</sup> Remito al comentario de Martinet, *Économie des changements phonétiques*, Berna, 1955, pág. 258, acerca de la formulación por Thurneysen de las condiciones de la lenición en irl. ant., frente a lo que dicen Lewis-Pedersen sobre la lenición como fenómeno céltico común.

<sup>6</sup> Se supone que nuestro diacronista está en posesión de ciertos conocimientos esotéricos. Está enterado, por ejemplo, de que el Bloomfield olvidado más o menos deliberadamente jamás renegó (no digo que no la superara) de la herencia neogramática; de que Trubetskoi, además de ser un esclavista profesional con puntos de vista propios sobre la evolución de ese grupo de lenguas, es autor, entre otras cosas, de un artículo heterodoxo sobre la familia indoeuropea y de ensayos paradójicamente ortodoxos de demostrar el parentesco de las lenguas caucásicas septentrionales. El hecho aceptado de que la lingüística diacrónica sea hoy un campo marginal no supone una renuncia a sus limitados derechos, derechos que son olvidados demasiado a menudo por «lingüistas generales». Me remito, como muestra, a la reseña de *Le langage (Sproget)* de

tamente, había oído hablar de morfofonología, cuyo corolario ineludible es la explicitación de las relaciones, que pueden ser de extrema complejidad, entre los procedimientos productivos en un estado dado de lengua y sus antecedentes históricos. Nunca, hasta tiempos muy recientes, ha tenido reparo en mezclar niveles. Las «formas» y sus sistemas, no los sonidos, constituían el centro de las preocupaciones neogramáticas, como da fe el título mismo de *Morphologische Untersuchungen*. Eran, por otra parte, demasiado católicos para sentir horror ante la idea de transformación: la ley de Wackernagel es un buen ejemplo de «permutación» (*ajutatemi / or m'ajutate* en el ejemplo de Meyer-Lübke), que asigna automáticamente a ciertos elementos el segundo lugar en la frase.

Si se prescinde de algún que otro enfermo de desazón crónica por saber *ce qu'il fait* en realidad (según escribía Saussure en un sentido más amplio), por los cimientos mismos y por el objeto de su trabajo, el diacronista vive tranquilo en su modesta seguridad. Hace historia, aunque acaso no sólo historia y, mientras haya hombres sobre la tierra, nunca faltarán quienes se preocupen por la historia de su propia lengua y la de los demás. ¿Es que la historia lingüística o la lingüística histórica necesita justificación especial? ¿Es que no existen, en cualquier campo, historias de todo lo humano y hasta de lo no humano? Por haber, hay hasta historias de la historia, por otro nombre de la historiografía. Y, ya que hablamos de meta-historia, uno se siente más de una vez tentado, a la vista de las cosas que lee, de hacer una historia de la historia de la lingüística.

Por si necesitara además un seguro de paro, el diacronista sabe que el interés popular, aunque frecuentemente pueda quedar defraudado por el carácter técnico de la exposición, atiende más a la vertiente evolutiva del lenguaje que a su funcionamiento, que da por sentado y conocido, en un lugar y en un momento determinados.

---

Hjelmslev en *Language* 43 (1967), pág. 965 sig. Una vez admitido que la obra tiene como objeto la evolución de las lenguas («*Le langage is devoted to the theoretical basis of historical linguistics*»), hay un claro dilema: o Robins tiene algo que decir sobre lo que Hjelmslev piensa del tema (puede limitarse, desde luego, a compendiar lo que el autor escribe), cosa que al parecer supera sus fuerzas, o no aceptar hacer la reseña. Lo que no es ético es buscar todas las ocasiones posibles para escaparse de su cometido y contarnos lo que Hjelmslev opina sobre materias a las que ha dedicado obras enteras, ampliamente difundidas y comentadas.

Cualquiera de nosotros que se viera obligado para ganarse la vida a dar conferencias de divulgación sobre temas lingüísticos, tendría que buscarse temas divertidos y hasta vagamente instructivos, para asegurar la taquilla, en ese inmenso cajón de sastre donde andan revueltas las relaciones de parentesco o de influencia de unas lenguas con otras, la *Urheimat* de los indoeuropeos, de los germanos o de los etruscos, las etimologías pintorescas, las anécdotas curiosas; si faltara material, siempre podría recurrirse con éxito seguro a la antroponimia y a la toponimia. Esto, lejos de ser pura depravación plebeya, no es sino el paraíso del que, por su perversión crítica, se veía excluido Saussure:

C'est en dernière analyse seulement le côté pittoresque d'une langue, celui qui fait qu'elle diffère de toutes autres comme appartenant à un certain peuple ayant certaines origines, c'est ce côté presque ethnographique, qui conserve pour moi un intérêt: et précisément je n'ai plus le plaisir de pouvoir me livrer à cette étude sans arrière-pensée, et de jouir du fait particulier tenant à un milieu particulier<sup>7</sup>.

Lo que acabo de escribir como miembro impenitente de un gremio no intenta ser para mis colegas una invitación al abandono y a la pereza. Muy al contrario, es el prefacio, un tanto impertinente, que se me ha ocurrido poner a unas consideraciones que han nacido de la atenta lectura de un libro, entre varios otros de orientación semejante: Robert D. King, *Historical linguistics and generative grammar*, Englewood Cliffs, 1969, que se anuncia en la portada como «A comprehensive study of historical linguistics in the perspective of the theory of generative grammar».

El libro, escrito para un público amplio y no demasiado iniciado, ofrece aspectos muy favorables, en relación sobre todo con otras obras de mayores ambiciones teóricas, que paso a detallar. No supone en el lector grandes conocimientos sobre gramática generativa y tiene la generosidad de explicarle una y otra vez, sin salirse del tema principal y mostrando siempre su conexión con éste, los conceptos básicos. Alcanza en general el grado preciso de entusiasmo contagioso por la Buena Nueva sin llegar al fanatismo proselitista que resultaría irritante para quien no sea miembro de la Iglesia o esté en potencia propinqua de convertirse. La exposición es siempre clara

---

<sup>7</sup> E. Benveniste, *Problèmes de linguistique générale*, Paris, 1966, pág. 37 sigs.

y lo desenfadado del estilo, no sin gotas de humor (cf., por ej., «The general premise of this section is that analogy... is not some sort of fifth wheel on the wagon, fundamentally at odds with regular diachronic developments like phonological change», pág. 128), no daña a la precisión<sup>8</sup>. A mi entender, hay que subrayar sobre todo el carácter «abierto» de la obra: nada, ni siquiera después de Chomsky, es acabado y perfecto. Hay simplemente caminos abiertos que parecen esperanzadores, nuevos medios de exploración que apenas si han comenzado a ser puestos a prueba. Prescindiendo de su aplicación, la teoría básica misma se está haciendo y la hallamos, por lo tanto, en un estado de permanente ebullición.

Conviene señalar, antes de entrar propiamente en materia, algunas limitaciones del libro. Por lo que respecta al sentido, encontramos una franca declaración en la pág. 21: «Although semantic change is of great intrinsic interest in historical linguistics, this book has nothing to say about it». El capítulo sobre sintaxis, donde algún comparatista que goza de merecida reputación había puesto tantas esperanzas en la gramática generativa<sup>9</sup>, nos sorprende por su reserva<sup>10</sup>, puesto que se trataba sin duda de la tierra de promisión en

---

<sup>8</sup> Es excepcional un pasaje como éste de la pág. 28: «If languages never changed, clearly no one would be interested in the historical development of languages, except in connection with political and social events». Reconozco que no acabo de entenderlo. Es obvio que nadie podría interesarse en una evolución histórica que no existe, y no se interesaría ni en conexión ni sin conexión con nada. Por otra parte, como decir lengua equivale a decir objeto histórico, uno se pregunta qué razón puede tener una condicional que se refiere no ya a algo irreal, sino a algo imposible.

<sup>9</sup> Cf. C. Watkins, *Ancient Indo-European dialects*, ed. by H. Birnbaum and J. Puhvel, Berkeley-Los Angeles, 1963, págs. 31 sigs.: «In the field of syntax in the descriptive level we have now the extraordinarily powerful tool of transformational analysis, or generative grammar... it can be turned with equal success to historical phonology, as Halle has shown. There is nothing theoretical to stand in the way of an application of generative grammar to historical syntax as well. The principle remains the same: the order of rules in the synchronic transformational cycle may [sic] repeat the diachronic derivational history. When the necessary conditions for the writing of syntactic history are fulfilled, that is, when the results of the rigorous application of the comparative method have been obtained, then we must expect rich rewards from the application of the transformational model to the syntactic history of the Indo-European languages».

<sup>10</sup> Es justo señalar que King, a diferencia de tanto imberbe mozalbeta, conoce y aprecia la importancia de la aportación neogramática al estudio de la sintaxis. Cf. pág. 140 sigs.

que, mucho más que en fonología, se podían esperar resultados hasta ahora no soñados:

In discussing phonological change..., it was possible to state precisely what phonological change was: rule addition, rule reordering, and so on. We do not enjoy such precision in syntax. It is not yet clear just what changes in syntactic change» (pág. 142).

Tampoco tiene mucho que decir sobre las posibilidades —en las que se piensa, sin embargo, naturalmente<sup>11</sup>— que la teoría generativa ofrece no ya para explicar la diferenciación dialectal, sino para clasificar (problema clásico en lingüística indoeuropea, por ejemplo) dialectos emparentados entre sí, pero claramente diferenciados por circunstancias históricas. En una palabra, se podría decir sin mayor injusticia que este libro, en lo propiamente diacrónico, trata ante todo de cuestiones fonológicas con incursiones en el terreno que tradicionalmente se ha venido llamando morfología.

Su articulación, además de un breve prefacio en que se reconocen deudas, en particular a Chomsky y Halle, es la siguiente. En el prólogo (págs. 1-6) se trata de la posición, presente y pasada, de la lingüística histórica. El cap. 2 («Background», 7-27) da a mi parecer, a pesar de su brevedad, una clara y en primera aproximación suficiente exposición de la teoría lingüística general en que se fundamenta el libro. Entrando ya en materia, el cap. 3 («Cambio primario», 28-63), que toma como punto de partida el hecho de la diferenciación dialectal y el escaso éxito del estructuralismo norteamericano en este dominio<sup>12</sup>, ofrece una clasificación, desde el punto de

<sup>11</sup> El mismo Watkins, *loc. cit.*, pág. 35, escribía: «This situation [la del italo-céltico] contrasts notably with that of Baltic and Slavic, where in general a rather simple set of phonological rules operating fairly late —«palatalizations» of the velars, metatheses, monophthongizations, and so on— will generate Common Slavic forms from those of Common Baltic». No se mencionan aquí, si no estoy equivocado, los intentos recientes de J. B. Voyles, «Simplicity, ordered rules, and the First Sound Shift» y «Gothic and Germanic», en *Language* 43, 1967, págs. 636-661 y 44, 1998, págs. 720-746.

<sup>12</sup> Hay un cierto exclusivismo en esas páginas: parece olvidarse que bastantes de los autores citados (como también Hans Kurath, si no me equivoco) son de procedencia o de formación en buena parte europea. Ahora bien, en Europa (y acaso también en América) la práctica, no la teoría, de la encuesta dialectológica ha estado libre de preocupaciones estructuralistas: *La dialectologie* de S. Pop es, como señaló Martinet, un caso límite de impermeabilidad a este respecto. Creo, con todo, que King está en lo cierto al sostener que, dentro de un planteamiento estructuralista ortodoxo, dos sistemas son incomparables en-

vista generativo, de los tipos de cambio: adición, pérdida, reordenación y simplificación de reglas. Con el fin de integrar los géneros de cambio en un cuadro general, el cap. 4, «Simplificación gramatical» (64-104), estudia sobre todo el papel respectivo de niños y adultos en el cambio lingüístico. En el cap. 5, «Cambio fonético y analogía» (105-139) se discuten con agudeza, en primer lugar, el carácter supuestamente gradual de los cambios fonéticos y su no menos debatida regularidad, para rechazar la autonomía de la analogía, que queda disuelta en conceptos más generales, y considerar las excepciones y la manera en que deben ser tratadas. El cap. 6, «Syntaxis» (140-153) no pasa de apuntar, como ya se ha indicado, simples posibilidades. Siguen el 7, dedicado a la «Reconstrucción» (154-187), con los habituales apartados consagrados a la reconstrucción interna y a la reconstrucción comparativa, con unas observaciones finales sobre cronología relativa, y el 8, «Causas del cambio» (188-202), donde se examinan, en un clima más escéptico que creyente, las explicaciones causales propuestas. Hay, además, un capítulo breve (9, «Scribal practice», 203-213) sobre las relaciones entre grafía y pronunciación y un brevísimo epílogo (214-217). Cada capítulo termina con unas indicaciones bibliográficas («Supplementary readings»), recogidas y completadas en una bibliografía general (218-225), para acabar con un índice de nombres y materias (226-230). No parece que en la bibliografía se haya aspirado a hacer un alarde de erudición y, si hay ausencias, no parecen debidas a sectarismo: junto a Trubetskoi y Hjelmslev, falta, por ej., Karl V. Teeter.

Hay con todo una cierta discriminación lingüística: sólo se citan, salvo error, trabajos en tres lenguas (inglés, alemán y francés). Lo mismo puede decirse de las ilustraciones empleadas que proceden por lo general del campo germánico, cuando no se trata de ejemplos (tomados normalmente de segunda mano) de lenguas poco conocidas para casi todos, pero que han sido objeto de estudios de inspiración generativa. Esta selección, cuya motivación está a la vis-

---

tre sí, aunque no difieran más que en menudos detalles, ya que sólo cuentan las relaciones entre elementos dentro de una totalidad. Cf., por ej., Gabriel Bès, «Phonétique, phonologie et communication», en *Beiheft 3-4* (neue Folge) de la *Zeitschrift für Mundartforschung*, págs. 6-83, y «Certains aspects du rapport de la phonologie avec la dialectologie», en *Phonetica* 13, 1965, págs. 22-26, referencias que debo a la amistad de M. Mahmoudian.

ta, no deja de acarrear algunas consecuencias desfavorables sobre las cuales insisto más abajo.

En el curso de la obra no se ocultan las dependencias doctrinales. Además de Chomsky y Halle, y de los trabajos socio-lingüísticos de W. Labov en un aspecto más restringido, merecen especial mención dos trabajos cuya influencia es clara: Paul M. Postal, *Aspects of phonological theory*, Nueva York 1968, y Paul Kiparsky, «Linguistic universals and linguistic change», *Universals in linguistic theory*, ed. by Emmon Bach and Robert T. Harms, Nueva York 1968, páginas 170-202. No quiero decir que otros trabajos de éste (en general mejor conocidos entre indoeuropeístas, a excepción de su tesis doctoral inédita) no sean también utilizados. Conviene añadir que la lectura del libro que comento no exime a nadie de tener conocimiento directo de aquéllos.

Hay que tener en cuenta dónde y cuándo ha aparecido el libro para comprender la extensión con que se defienden o combaten algunos puntos de vista. Muchos de los que el autor patrocina no causarán demasiada sorpresa, salvo acaso por la terminología, a un comparatista tradicional, a no ser que se trate de eso que por aquí se llama un integrista. Así yo no encuentro inconveniente en admitir que todo cambio es un cambio en la competencia, es decir, en la gramática asimilada (no me atrevo a escribir «internalizada») individualmente, sometida, claro está, a la presión social.

De ahí se sigue que el cambio no es gradual, sino brusco<sup>13</sup>. Como escribe Kiparsky (pág. 175):

...a language is not some gradually and imperceptibly changing object which smoothly floats through time and space, as historical linguistics based on philological material all too easily suggests. Rather, the transmission of language is discontinuous, and a language is re-created by each child on the basis of the speech data it hears.

Esto, de acuerdo con mi experiencia personal<sup>14</sup>, me parece evidente por ejemplo en el caso de fusión (*merger*) de fonemas, si se

<sup>13</sup> Esto está de conformidad con la concepción estructuralista clásica, europea o americana, cuyas unidades son siempre discretas.

<sup>14</sup> Siendo alumno del Instituto de San Sebastián, quien no distinguía *pollo* de *poyo*, *halla* de *haya*, *valla* de *vaya*, etc., quedaba automáticamente marcado como «extraño»; en cambio, cuando enseñé allí de «maldito» por 1960, había bastantes alumnos, hijos de padres vascos que habían vivido siempre en el

me permite emplear el vocabulario de la fonología autónoma o taxonómica. Lo que sí puede ser y es gradual es la difusión del cambio.

De ahí también el muy diferente papel que corresponde a niños y adultos en la evolución lingüística. Advértase que King está apasionadamente interesado por el mecanismo mismo del cambio y de su extensión; mucho menos por sus causas, es decir, por los factores que puedan determinar que la modificación sea precisamente ésta y no otra. Mejor dicho, no cree disponer de datos suficientes para establecer teorías causales. Es escéptico en esta materia y, en particular, en todo lo referente a cualquier forma de *Systemzwang*, de auto-regulación de la lengua en cuanto sistema en sí, que impone sus propios modos y vías a los hablantes. Me atrevería a decir que hasta demasiado escéptico para mi gusto.

El cambio primario (siempre cambia la gramática, no los sonidos) consiste, según su esquema, en adición, pérdida, reordenación y simplificación (o, si se quiere, generalización) de reglas. El adulto, creo que Halle fue el primero en indicarlo, modifica poco su gramática y la modifica sobre todo por adición de reglas; así se explica también, por imitación de una norma prestigiosa, la difusión de la innovación de individuo a individuo y de zona a zona. Pero, como la adición indefinida de reglas sin la intervención de algún *Deus ex machina* llevaría a gramáticas de complicación imposible, el reajuste se produce en el momento en que el niño adquiere la lengua. Porque éste no es un ente que se limita a asimilar *telle quelle* la gramática de los mayores; lejos de ser pasivo, tiene la capacidad suficiente para fabricarse (por pérdida, reordenación y, de una manera general, simplificación de reglas) su propia gramática. Dicho de otro modo, el niño puede construir y construye una gramática mejor,

---

país, que eran incapaces de distinguir una pronunciación de otra en un texto dictado por mí. Añádase que al menos mi padre distinguía sin duda, en vasco, *zu* de *su*, etc., y que yo no llegué a darme cuenta de la diferencia entre ambas sibilantes, a pesar de tener bastante familiaridad con textos escritos en que la distinción gráfica se mantenía cuidadosamente. Sólo años después llegué a notar el contraste, primero, y a reproducirlo en mi pronunciación, después. Esta era sin duda la pronunciación vasca prestigiosa (caso en que ya no se encuentra, a juzgar por las apariencias, la oposición *calló* / *cayó*), razón por la cual yo y otros hemos tenido interés en adquirirla. Una consecuencia es que 'gradual' o 'brusco' no son coextensivos con 'inconsciente' / 'consciente'. ¿Cómo va a ser consciente una innovación de la que uno no es capaz de darse cuenta?

por más simple, capaz de generar, sin embargo, frases que no son muy distintas del *output* de la gramática de los mayores.

King introduce, sin embargo, en esta discusión (pág. 8 sigs.), una comparación entre nuestra capacidad lingüística y nuestra capacidad aritmética que entiendo debe ser corregida en dos puntos, que se refieren a «nuestra» capacidad en materias de lengua y en materias de cálculo. Será mejor transcribir sus palabras:

Linguistic ability is acquired unconsciously as one part of the maturation process of a child, as is visual perception and crawling. We aren't taught such things the way arithmetic is taught and the knowledge underlying these processes is not available to our consciousness.

Incluso en las lenguas menos sometidas a preceptos académicos, la gramática, aunque en pequeña parte, nos es siempre enseñada: se nos corrige y a veces hacemos caso<sup>15</sup>, lo mismo que cuando rectifican nuestros cálculos. Por otra parte, somos bastantes los que hemos llegado a conocer personas que calculaban de memoria con sorprendente rapidez y seguridad sin haber tenido la menor formación escolar, y no estoy hablando de una iniciación en los axiomas de Peano: ha habido incluso gentes que, sin ninguna preparación (creo haber oído hablar de un Einaudi, italiano, que no fue precisamente presidente de la república), mostraban una facilidad tan extraordinaria que fueron exhibidos públicamente como fenómenos de circo. Por otra parte, cuando Piaget habla de la adquisición por el niño de la noción de grupo o de retículo, debe referirse a algo que King consideraría parte del proceso de maduración, ya que se trata de conceptos que la mayoría no ha aprendido en ningún centro de enseñanza. Más todavía, se trata de conceptos de los que la gran mayoría de las personas cultas no tiene idea explícita.

En el mismo orden de cosas, me parece sofisticada la argumentación de la pág. 201:

If statistics were relevant to phonological change, there should be evidence that these statistics are part of what a speaker 'knows' about the phonology of his language — part of his competence. This

---

<sup>15</sup> Conozco a personas que han aprendido a diferenciar *me dijo que vendría* (: *vendrás*) y *me dijo que viniera* (: *ven*) a partir de un *me dijo que vendría* indistinto.

is clearly not true in any gross sense since speakers of a language do not generally have even approximately correct ideas about the frequency of sounds in their language. And currently no evidence shows that statistical information in some more subtle sense is a part of the speaker's competence.

Ni el cálculo —implícito— de probabilidades empieza con las preguntas del caballero de Méré<sup>16</sup>, ni hay razón para pensar que las casi innumerables observaciones que se han hecho, no sólo por Martinet, apuntando a una correlación entre frecuencia de sonidos o grupos de sonidos y valor «expresivo» pueden ser despachadas con tanta desenvoltura. Quien resuelve crucigramas se familiariza con las frecuencias de las letras; quien se pone a versificar aprende pronto que hay rimas fáciles y difíciles<sup>17</sup>. Pero, ¿se adquieren estos conocimientos a partir de cero o se trata más bien de la reactivación de algo latente?

Dentro del marco generativo, es lógico que se rechace la necesidad y la conveniencia de postular un nivel fonológico autónomo, es decir, lo que aquí se suele llamar fonológico a secas. Basta con un nivel sistemático (morfofonológico, más o menos) subyacente y un nivel superficial, fonético, cuya interrelación puede ser muy compleja. Vale posiblemente la pena de reproducir por extenso un pasaje de la pág. 211:

One crucial point that distinguishes generative phonology from autonomous phonemics concerns the recoverability of phonological (phonemic) representations given phonetic representations. All theories of phonology agree that two contrastive phonetic representations must have distinct phonological representations... The acceptance of the converse condition (among others) separates autonomous phonemics from systematic generative phonology. That is, autonomous phonemics accepts and generative phonology rejects the condition that given two distinct phonological representations, their phonetic representations are necessarily contrastive.

Hay aquí, el texto no peca de oscuridad, dos aspectos distintos del mismo problema. Dentro de la teoría que llamaremos fonológica

<sup>16</sup> Casi siempre he perdido jugando al póker con gente que, sin inmodestia, sabía mucho menos de probabilidades que yo.

<sup>17</sup> Estoy pensando, para que no se recuerde la influencia de la enseñanza, en los bersolaris vascos, sobre todo en los aficionados y principiantes.

sin más, se admite que existe para cada estado de lengua una función, digamos  $\phi$  que permite asignar cada uno de los segmentos  $x$ ,  $y$ , etc., de la cadena hablada a un solo fonema: su imagen  $\phi(x)$ , etc. También su inversa  $\phi^{-1}(x)$  es una función contextualmente unívoca, de modo que de  $x \neq y$  en el mismo contexto se sigue  $\phi(x) \neq \phi(y)$ , y a la inversa.

Convento en que prescindir de la neutralización facilita mucho las cosas: quien proclama «once a phoneme always a phoneme» se ve obligado a asignar cada una de las nasales de *cambio*, *confuso*, *concierto*, *santo*, *cansado*, *concha*, *cinco* a un fonema determinado. Pero, al lado del americano que ha despreciado la noción de neutralización, que sólo tiene sentido por referencia a la «lengua», no al corpus, ha habido un estructuralismo europeo, según el cual el sistema posee, tomado globalmente, un inventario más rico del que se manifiesta en algunas posiciones. Esto salta a la vista en el tratamiento —no demasiado feliz en cualquier cuadro— que de la asimilación nasal (y lateral) hace James W. Harris, *Spanish phonology*, Cambridge, Mass., 1969, págs. 8 sigs.<sup>18</sup> El artículo de Amado Alonso en que se explicita ya en 1945<sup>19</sup> la neutralización generalizada, no limitada a los casos citados, en la parte post-nuclear de la sílaba debía por lo menos haber sido mencionado y citado en la bibliografía. Por otra parte, la neutralización (mencionada, sin embargo, por King en la pág. 47) no tiene por qué ser rechazada de plano por quienes ya no se niegan a ver el sistema, asimilado por el hablante, detrás del habla, y así no lo rechaza Sandford A. Schane, «On the non-uniqueness of phonological representations», en *Language* 44 (1968), 709-716, quien propone por cierto la manera natural de indicarla en una notación matricial<sup>20</sup>. Los europeos, en otras palabras,

<sup>18</sup> No voy a discutir, como es natural, la pronunciación de los para mí desconocidos informadores de Harris ni sus *tempos*, uno de los cuales (el *largo* en *unbeso*, sin asimilación) no creo exista en ningún estilo natural de habla, sino por ej. en un dictado, cuando uno separa deliberadamente las sílabas: *un-hombre* y *un-nombre*, *lo-suelo*, *los-suelo*, etc.

<sup>19</sup> Reimpreso en *Estudios lingüísticos. Temas españoles*, Madrid, 1961, páginas 237-249.

<sup>20</sup> Puesto que King discute datos gráficos y reformas de la ortografía, conviene señalar que hacia 1900 Arana-Goiri propuso, y la gente ha aceptado sin mayor resistencia, una notación de las nasales vascas a lo Alarcos, con el archifonema (si se me permite la palabra) escrito *n*: *denbora* 'tiempo', lo mismo que *handi* 'grande', *antzu* 'estéril', *antxume* 'cabrito', *ongarri* 'abono'. Había, sin

se han desenvuelto bastante bien con sus archifonemas que, por cuanto representan conjuntos (obtenidos por intersección) de rasgos, no deberían ser condenados sin remisión, parece, dentro de una teoría que toma el rasgo, no el fonema, como elemento básico.

La condición inversa a que se ha aludido es, claro está, que dos representaciones subyacentes distintas pueden tener la misma realización fonética en contextos análogos: «in generative phonology the loss of phonetic conditioning does not necessarily involve restructuring» (pág. 209). Así se podrá decir que los primeros núcleos silábicos de *rodilla* y *flotilla* (cf. *rueda*, pero *flota*) son manifestaciones de vocales diferentes<sup>21</sup>. Cf. los ejemplos clásicos españoles *don* / *don*, *el* / *él*, que no se distinguen solamente por su carácter átono o tónico (*dones*, *donar* / *doña*; *la*, etc. / *ella*, etc.), o *doncel* / *doncella*, frente a *panel* / *panela*)<sup>22</sup>.

Pero aquí el condicionamiento sigue a la vista. Ahora bien, para un diacronista, de la escuela que sea, esto nada tiene de repelente, ya que suele entrar en trance ante alternancias como véd. 1.<sup>a</sup> sg. *cakára* / 3.<sup>a</sup> sg. *cakāra* cuyo condicionamiento no es transparente: lo único que desea es que se le enseñe a valerse mejor de ellas. No estará de más recordar aquí que la glosemática propuso la admisión del «overlapping with zero», por otro nombre latencia: «the necessity... of recognizing the existence of latent and facultative linguistic entities, especially 'phonemes'»<sup>23</sup>. Y que de esta admisión se in-

---

duda, razones morfofonológicas para ello, claras por ejemplo en el último caso, cuyos componentes reaparecen en *on* 'bueno', *ondu* 'abonado' y *edergarri* 'adorno, ilustración', *izugarri* 'terrible', etc.

<sup>21</sup> Como se sabe, en la doctrina de Chomsky-Halle la reestructuración (cambio en la representación subyacente) no se ha producido en las vocales inglesas en la medida que se pensaría a primera vista si se tienen en cuenta los efectos de la Great Vowel Shift: así, supongo, hay todavía //fiv// bajo *five*, *fifteen*, etc., o //sūð-// bajo *south*, *southern*, etc. Hay, naturalmente, preguntas que al no iniciado se le ocurren hacer: en vista de *bleed*, *deem*, *feed*, ¿la vocal profunda de *blood* sigue siendo la de *doom*, *food*? ¿Coincide o no con las anteriores la de *foot* (*feet*)? ¿Es ésta la misma que la de *goose* (*geese*)? No quiero sugerir que no haya respuestas, que sin duda están bien pensadas; me limito a indicar que para el profano el manejo del nuevo instrumental es muy delicado. Me imagino que en cuanto a vocalismo *red* y *head* van ahora con *bed*, y no con *cheap* o *heap*.

<sup>22</sup> E. Alarcos Llorach, *Fonología española*<sup>4</sup>, Madrid, 1965, pág. 182, n. 6, que sigue a A. Alonso.

<sup>23</sup> B. Sierstema, *A study of glossematics*, La Haya, 1965, pág. 189; E. Alarcos Llorach, *Gramática estructural*, Madrid, 1969, pág. 43.

fería la necesidad de una operación, la catálisis, que en teoría, aunque no parece haberse empleado mucho en la práctica<sup>24</sup>, debía poner de manifiesto las entidades latentes.

Paso rápidamente sobre aspectos del libro que no se prestan gran cosa a debate. Lo que en él se dice sobre la regularidad de los cambios fonéticos, incluidas las excepciones, está, a mi entender, lleno de sentido común. La discusión acerca de si el contexto de tales cambios tiene que ser únicamente fonológico es típicamente norteamericana: quien, como el que esto escribe, sólo puede pronunciar *el hado* (o *enfado*) de una manera, mientras puede decir *helado* de dos maneras, y normalmente lo pronuncia de una manera diferente, está convencido de antemano.

Habría más que objetar a la eliminación de nuestra familiar analogía, es decir, a su reducción a tipos de cambio más generales. Echo de menos en King la distinción que Kiparsky (pág. 201) establece claramente entre dos tipos de analogía: *leveling*, que tiende a eliminar las alternancias, aunque no sin dejar restos (tipo *tego* : *toga* o *est* : *sunt* en latín) que permiten inferir aspectos de un estadio anterior<sup>25</sup>, y *polarization* (o *extension*, no como hipercharacterización como en Kuryłowicz), por el que las alternancias, convertidas en productivas, se difunden a lo largo y a lo ancho de la lengua.

La eliminación de la analogía como mecanismo autónomo y heterogéneo, muchas veces *ad hoc*, sería sin duda deseable; más dudosa que la conveniencia es la posibilidad de una eliminación total. Ya se sabe que en gramática generativa falta el «nivel» tradicionalmente conocido por morfología. Una pregunta viene aquí sin querer a

<sup>24</sup> Siertsema, por ejemplo, pág. 191 sigs. y 267, maneja la catálisis como si fuera un cartucho de dinamita que en cualquier momento pudiera hacer explosión en su mano. Cfr. Alarcos, *Gramática*, pág. 43 sigs., y sobre todo *Fonología*, n. 12 de la pág. 157: «También en morfología hay casos de desaparición del fonema /i/ y del fonema /y/, que llamaríamos casos de latencia; /y/ queda latente, sin realización propia, cuando le sigue desinencia iniciada con /i/ acentuado: *huye* pero *huir*, *huimos* que serían /uy-ir/, /uy-imos/; /i/ queda latente en las desinencias tipo /-ió/ cuando le precede /y/: *huyó*, *huyeron*, que serían /uy-ió/, /uy-ieron/. No de otro modo, cuando dos fonemas emparentados fonéticamente quedan en contacto, uno resulta latente...». Aquí, y en el último caso ya lo han hecho, los generativos hablarían de una regla que reduce dos consonantes a una.

<sup>25</sup> Harris no insiste bastante, creo, sobre la importancia del arcaísmo aislado (tipo *yugo* / *u-n-cir*, ingl. *was* / *were*, etc.), como *lectio difficilior*, para la reconstrucción. Es la conocida enseñanza de Meillet sobre el valor decisivo de las formas anómalas, al paso que hay que desconfiar de los tipos productivos.

los labios: ¿es casual que esto haya ocurrido en una escuela que ha trabajado primero y ante todo con materiales ingleses? ¿Se podría y sería ventajoso hacer lo mismo en lingüística indoeuropea, por ejemplo?

Hay, a mi entender, grandes esperanzas de progreso en la obse-sión generativa por el formato de las reglas y por la ordenación de éstas. No faltaron probablemente sospechas anteriores, pero ellos han debido de ser los primeros en negar abiertamente que el orden aparente tenga que ser espejo fiel de la historia. A los ejemplos pre-sentados se añaden ahora los resultados del estudio por Rudolf de Rijk de materiales vascos en *Fontes linguae Vasconum* 2 (1970), que me son conocidos de primera mano. Al menos en parte, la interpre-tación más simple y convincente está en la reordenación, que tiende a sustituir, según la hipótesis de Kiparsky, el orden marcado (*bleed-ing*) por el no marcado (*feeding*), con lo cual, como en una cadena industrial bien montada, cada regla trabaja sobre el material ya ela-borado por la precedente.

La distinción entre reglas «mayores» y «menores» se me figura algo más que un subterfugio para evitar la generación de formas «regulares» en vez de «excepciones» y viceversa. La ley de Brugmann es el ejemplo mismo de una regla menor: costaba aceptarla porque hay en ind. ant. incontables casos de \*o que no han pasado a ā en el contexto fonético adecuado; tampoco podía ser rechazada de pla-no porque, dentro de ciertos grupos de formas de ámbito bastante bien precisado, ofrece una notable regularidad: *svásāram* frente a *devāram*, etc. Ahora bien, si se acepta como base de discusión la explicación de Kuryłowicz<sup>26</sup>, hay que admitir que fue tras la opera-ción de la regla que convertía \*e, \*o en a, no antes, cuando ciertos grupos de a, procedente de \*o, fueron sometidos a alargamiento.

A propósito de la reestructuración (es decir, del cambio no en la realización externa, sino en la representación profunda de las for-mas), podría recordarse la sospecha que suele apuntar en todos los manuales de fonética histórica griega. Esta lengua ha mantenido como se sabe la distinción de velares y labiovelares ante consonante (excepto yod: ὄσσε, etc.), cuando la pérdida de la labialidad en tal posición, a juzgar por su generalidad<sup>27</sup>, tenía que ser efecto de una

<sup>26</sup> *L'apophonie en indo-européen*, Wrocław, 1956, pág. 321 sigs.

<sup>27</sup> No alcanza, sin embargo, al hitita, por lo que puedo juzgar.

regla muy antigua. Dentro de este esquema, no habría dificultad en pensar que πέμπτος, por ejemplo, siguiera siendo //k<sup>w</sup>t//, a pesar de manifestarse como [-kt-]<sup>28</sup>, con lo cual pudo serle aplicada la regla tardía que convirtió k<sup>w</sup> en p.

Siguiendo con la forma de las reglas, merecen una mención especial las llamadas «exchange rules» o «alpha-switching rules» (páginas 112 sigs.), reglas con una variable y doble efecto, como la que en la Great Vowel Shift, operando sobre el cierre, *deposuit potentes de sede et exaltauit humiles*: ingl. med. *dye(n) / dai*, mod. *die / day*, etc. Es la situación, tantas veces comentada, del vocalismo catalán o de a. al. ant. y med. *ĕ / e*<sup>29</sup>, etc., es decir, de aquellos casos en que unidades de un sistema, de haber ido cambiando paulatinamente, tendrían que haberse cruzado en el camino y haberse confundido, por lo tanto, sin discriminación posible. King, para quien el cambio no es gradual, no admite, claro está, ninguna explicación basada en que las unidades hayan seguido «caminos distintos». No me atrevo a pronunciarme en este debate. Admiro, por una parte, la elegancia, en el sentido matemático de la palabra, que se alcanza con el empleo de la variable; dudo por otra parte, pero no porque sea partidario convencido de otra solución, de su conformidad con los procesos reales<sup>30</sup>.

Quiero tratar ahora con alguna extensión de lo que en el libro se relaciona con los problemas de reconstrucción, pero conviene empezar con una observación previa. Latín y romance no son muy familiares al autor y esta escasa familiaridad es desgraciada, por razones que nada tienen que ver con el prestigio, en un libro como éste. En efecto, los hechos germánicos que generalmente se aducen están lejos de ser desconocidos, por lo menos a grandes rasgos, para bastantes diacronistas, aunque no sean germanistas. Las reconstrucciones que se presentan como ilustración son, a mi entender, razonablemente verosímiles. Pero, y esto es esencial, son reconstrucciones y, por ello mismo, formas posibles y hasta muy probables, pero no seguras. Se da la circunstancia de que el proto-germánico es un ente

<sup>28</sup> A causa de //k<sup>w</sup>e// en πέντε. No se ve bien, con todo, en que podía apoyarse una labiovelar subyacente (-g<sup>w</sup>) en ἄμνος, por ejemplo.

<sup>29</sup> La explicación de Fourquet está citada en la pág. 116.

<sup>30</sup> La reserva está fundada, además, porque la teoría general de los rasgos se encuentra en un estado de gran fluidez.

de razón, aunque nunca he puesto en duda que tuviera un correlato en la realidad, con el cual no podemos comparar nuestras reconstrucciones, porque el proto-germánico no es sino lo que acertamos a reconstruir. En Europa, en cuanto sé, no hay más que un caso en que la reconstrucción, el proto-románico, puede ser enfrentado con su blanco, que no es otro que el latín. El caso es, pues, ejemplar en cuanto muestra cuál es el poder real de nuestros métodos de reconstrucción, su fuerza y sus debilidades.

Así la discusión (pág. 159 sigs.) sobre la reconstrucción interna de los morfemas de pretérito y part. pasado en gótico es todo lo clara e iluminadora que era de desear; es, con todo, simple reconstrucción que se sostiene o cae por razones de consistencia, pero no es susceptible de ser confirmada o infirmada empíricamente. Frente a esto, un ensayo basado en participios románicos como *cantado, servido, puesto, roto, hecho, dicho, preso* (ant. *repiso*), etc., tendría la ventaja de una confrontación inmediata. Bien es verdad que también ofrece un grave inconveniente: la solución, el estado de cosas latino, es conocida de antemano.

Hay en este libro un horror, que se me figura más insano que saludable, por el asterisco. No creo pecar de malicioso si pienso que esa omisión se debe a una imposición de escuela: ese signo se emplea en la literatura generativa para marcar frases o construcciones no gramaticales. En primer lugar, esto es, por decirlo francamente, una usurpación, ya que el signo tenía desde hace muchos años legítimo posesor (había sido *pre-empted*, para expresarlo en inglés). Constituye, además, un preclaro ejemplo de la peor clase de desposesión: la que, por ser enteramente gratuita, no es una falta, sino una equivocación. Para indicar algo que merece ser indicado, los neotéricos tenían a su disposición un inmenso surtido de signos, desde el que emplea la crítica textual para marcar pasajes corruptos hasta los varios indicadores de la negación lógica<sup>31</sup>, si no querían recurrir a la lógica modal o a la invención libre. No soy tan ingenuo como para esperar que estas palabras, aladas al menos por su falta de peso, vayan a cambiar el curso de la corriente hoy arrolladora; un

---

<sup>31</sup> Al fin y al cabo, se ha empezado a usar el signo de interrogación para las frases de gramaticalidad o aceptabilidad dudosa.

largo aprendizaje nos ha enseñado, sin embargo, a insistir ante oídos sordos en lo que creemos justo.

El asterisco o algo equivalente es necesario de toda necesidad y no puede ser suplantado por ningún género de representación sistemática. No representa nada directamente conocido, sino que es un intento —no falto, creemos, de toda base científica— de adivinar aspectos de una realidad desconocida e inaccesible. No me opondría en principio a que las reconstrucciones aparecieran en dos representaciones, sistemática y fonética, con tal de que ambas, y con mayor razón la primera que la segunda, fueran provistas de asterisco.

Siempre he pensado que los estructuralistas norteamericanos (el reparo no alcanza a Bloomfield, como tampoco a Sapir y sin duda a muchos otros) han pecado de un notorio exceso de confianza, en materia de reconstrucción, en el poder de sus métodos: un artículo famoso de Robert A. Hall, Jr., citado en la bibliografía, es casi la caricatura. Hace tiempo ya me referí a unos reconstructores<sup>32</sup> que creían poder contar con los dedos de la mano los fonemas (autónomos) del proto-uto-azteca con la misma seguridad con que contaban los fonemas no menos autónomos de las lenguas atestiguadas en que basaron su reconstrucción. Cualquiera que sea la teoría lingüística en que se base, la reconstrucción no pasa de ser reconstrucción, afectada como tal de un elevado coeficiente de incertidumbre y de indeterminación.

El libro de King da en general la impresión de haber sido escrito «desde fuera», lo cual lo hace sin duda más fácil y más agradable para el lector poco especializado. Más de un iniciado lo encontrará, por ello mismo, un tanto hiperbólico en algunas de sus pretensiones. Leemos en la pág. 104: «A proper historical phonology is the history of the *grammars* of a language, of the competences of successive generations of speakers. The listing of rules converting the sounds of proto-Indo-European into those of West Germanic may be of interest as an exercise in ingenuity and distinctive feature virtuosity, but historical linguistics it is not». Y, unas líneas más arriba: «Even

---

<sup>32</sup> Véase ahora R. W. Langacker, *IJAL* 36, 1970, págs. 169-180, en cuya nota 1 se subraya que Miller, a diferencia de los Voegelin y Hale, distinguió mucho mejor los hechos de las especulaciones.

if these rules are made as simple as possible in terms of the distinctive features involved, there is not the slightest reason to suppose that they correspond meaningfully to historical reality». Si esto significa que no debemos contentarnos con unidades sueltas, sino que tenemos siempre que tratar de sistemas o de subsistemas, no es más que la repetición de lo que Meillet, Benveniste y tantos otros maestros han enseñado incansablemente. Si lo que significa es lo que dice literalmente, entonces King no ha acabado de percatarse del carácter irremediamente fragmentario de todo ensayo de restitución: no se ha percatado, por ejemplo, de que al pasar del i.-e. al germánico occidental no podemos hacer historia, sino, a lo sumo, prehistoria. Hay que reconocer, por el contrario, que tiene mucha razón al imponer un correctivo a nuestras divagaciones que a menudo no tienen otra finalidad que buscar el camino más breve entre dos puntos dados. Los generativos tienen razón al repetirnos lo que nos empeñamos en olvidar: que los hechos lingüísticos son y han tenido que ser más complicados de lo que nosotros quisiéramos creer.

Y, ya que estamos con la reconstrucción, vale la pena detenerse un momento en las págs. 154 sigs.:

It is possible to regard such great concern with reconstruction per se as a trifle absurd. What could rival in pointlessness the mere reconstruction of a word or even a text? What can you do with a reconstructed text but look at it? Hence our chuckling about people who reconstruct fables in proto-Indo-European<sup>33</sup>.

Hay por lo menos dos razones para ello, y ahí va la primera. Se me pregunta: ¿qué otra cosa podemos hacer con un texto reconstruido sino contemplarlo? Pues naturalmente podemos hacer lo que se hace con todo texto: leerlo. Hay ciertas gentes, no tan escasas después de todo, una de cuyas actividades principales es la reconstrucción de textos: suelen ser conocidos por filólogos. Intentan, por ejemplo, reconstruir el texto de la *Iliáda*, el de las comedias de Plauto, el de las *Pensées* de Pascal y hasta el del *Cours* de Saussure. Porque hay todavía quienes se interesan, incluso lingüistas, por saber

---

<sup>33</sup> No nos olvidemos de Hall quien con bastante menor justificación la escribió en proto-románico.

lo que el ginebrino dijo o escribió efectivamente, en qué orden y en qué contextos y qué es lo que arreglaron o interpolaron sus discípulos, que no por ser fidelísimos dejaban de ser intérpretes de una voz que quisiéramos oír directamente, sin intermediarios.

Si mucha gente se ha reído de que Schleicher (por suerte para todos, ya que su tentativa nos permitió darnos cuenta cabal de lo que debemos y de lo que no debemos hacer) escribiera una fábula en «indoeuropeo», es simplemente porque sólo se pueden reconstruir hechos de lengua, no de habla. En otra *parlance* porque, aunque aislemos a X de su comunidad lingüística, sólo nos interesamos por la competencia de X, no por lo que X dijo o dejó de decir a Y a las 23 horas 34 minutos del día 14 de febrero de 1971. Mejor dicho, aunque nos interese y mucho lo que dijo X en ese momento (y se han escrito comedias con un argumento menos consistente del que aquí podría imaginarse), su *performance* está, para bien o para mal, fuera del alcance de nuestros más refinados métodos de reconstrucción.

Tampoco quiero decir, como con frecuencia se oye, que en lingüística histórica, quiérase o no, se está siempre reconstruyendo. Así, parecería razonable hablar de reconstrucción a propósito de la historia del *Umlaut* alto alemán, discutida en este libro (pág. 92 sigs., 208 sigs.), pero, si se miran las cosas de cerca, hay que rechazar esa interpretación. Ahí hay, sí, teorías o interpretaciones en conflicto, pero son teorías o interpretaciones de unos hechos duros como el granito: los textos escritos. Pero en la reconstrucción en sentido estricto faltan esos jueces que deciden sin apelación sobre la adecuación de las interpretaciones.

Mi impresión personal, que repito franca e irrespetuosamente, es que el autor recuerda al príncipe que todo lo aprendió en los libros. Tiene en sus manos una riqueza adquirida sin mayor trabajo: la lingüística germánica, obra de tantos incansables operarios desde J. Grimm, si no queremos ir más arriba, hasta nuestros días. Hay, por otra parte, lo que Paul M. Postal, pongamos por caso, ha obtenido de unas lenguas iroquesas. Eso, para los que no podemos formarnos opinión propia, puede ser materia de fe, más que de convicción.

Ese mundo, sin embargo, está lleno de problemas prácticos, además de teóricos. Tomo al azar un ejemplo simple, voluntariamente

simplificado<sup>34</sup>. En las lenguas kartvélicas encontramos este esquema: en georgiano y en svano, el «sujeto» de un verbo intransitivo se expresa en nominativo tanto en las formas del primer grupo (presente) como en las del segundo (aoristo), mientras que en los transitivos el «sujeto» va en nominativo en presente (con el «objeto directo» en dativo), pero en ergativo con formas verbales del segundo grupo (y «objeto» en nominativo). En mingrelia y en aoristo, el ergativo es el caso único del «sujeto» tanto de transitivos como de intransitivos, mientras que en lazo ese caso es expresión común del «sujeto» de los transitivos, con verbos del primero y del segundo grupo, pero no de los intransitivos. Bien, ¿cuál es el estado de cosas que hay que asignar al protokartvélico? Personalmente, me inclinaría por el primero: 1) porque el georgiano es la única lengua de la familia con una larga tradición literaria; 2) porque el svano, lo más parecido a un testigo independiente que allí se puede hallar, garantiza un estatuto protokartvélico, y 3) sobre todo porque la construcción georgiano-svana, por más asimétrica, se me figura la *lectio difficilior*, de la cual pueden seguirse sin trabajo las otras como más lisas y llanas. Esta es una muestra del género de problemas con que se enfrenta quien trabaja en la reconstrucción y, para proponer soluciones que no sean caprichosas, tiene que disponer de criterios objetivos, cuanto más numerosos y más precisos mejor.

Señalo, para terminar, que una de las pocas erratas del libro molesta por las asociaciones que despierta es *Beothius* (pág. 98) por *Boethius*. Entrando en los errores, *amicus magnus* : *amīcōrum magnōrum* (pág. 134) es notoriamente inepto como muestra del rotacismo de *-s-* que se produjo en latín «antes del siglo IV a. C.»: tanto valdría decir que, como secuela, cero se rotatizó en *bona amīca* : *bonārum amīcārum*. Como cambio en la representación subyacente de una palabra (tipo *honor* ← *honōs*), pocos pensarían en *ebur*, tan

<sup>34</sup> Véase, por ej., la primera parte de *Iberijsko-kavkazskie jazyki (Jazyki narodov SSSR, IV)*, Moscú, 1967, págs. 17, 55 sig., 73 sig., 91: la relación entre dativo y nominativo, como indicadores del «objeto directo», es paralela, en líneas generales. Frente a la hiperdiferenciación pronominal corriente en Occidente (*yo / me, I / me, ich / mir / mich*, etc.), sorprende la indistinción kartvélica en *\*me(n)* (vasc. *nī* y *nik*), *\*sen-* (vasc. *hi* / *hik*), / *\*čven-* (vasc. *gu* / *guk*), *\*(s<sub>1</sub>)tkwen* (protovasc. *zu* / *zuk*), que sirven tanto para el nominativo como para el ergativo. Las formas restituidas están dadas según G. A. Klimov, *Étimologičeskij slovar' kartvel'skix jazykov*, Moscú, 1964.

poco claro en su origen y transmisión, cuando *arbor* y hasta *mulier* están tan a mano. En la pág. 43, no estaría de más advertir que tuvo que intervenir alguna regla para llegar a la *b* de *scrīb-*, de donde *scrīpsi*, *scrīptum*.

LUIS MICHELENA